

## Sobre *Ajuar Funerario* de Fernando Iwasaki\*

Efraín Kristal, UCLA

Entre sus muchos méritos, Fernando Iwasaki ha logrado reactualizar, renovar y poner al día a Ricardo Palma, el mayor narrador peruano del siglo diecinueve. Antes de escribir sus ficciones, Palma fue historiador, y su primer libro importante--sus *Anales de la inquisición de Lima*--se publicó en 1863. Cuando Palma inició su trabajo de investigación, esperaba encontrar un mundo de historias horripilantes y crueles que iban a arrojar luz sobre los momentos más álgidos de la historia virreinal; pero al llevar a cabo su investigación tuvo que reconocer que la historia de la inquisición en el Perú era más aburrida, burocrática y técnica de lo que había esperado. Los documentos que él estudió ofrecían muy pocos datos que por su propia cuenta podrían cautivar a sus lectores. Palma hizo su libro histórico con toda seriedad, pero empezó a imaginar--a partir de los datos que había recogido en los archivos--historias que no se habían documentado, y que podrían interesar y cautivar a un público que deseaba interesarse por su pasado nacional. Ese fue el germen de su gran invención, la “tradición peruana” un género entre ficticio e histórico que dependía tanto de su propia imaginación como de sus investigaciones históricas y de las muchas historias que había recogido de las tradiciones orales y populares de su país. Las tradiciones de Ricardo Palma contenían mucha ironía y humor; mucha irreverencia—en la medida que eso fuera posible en el siglo diecinueve; y algunas de ellas, sus “tradiciones en salsa verde” son probablemente el inicio de la literatura erótica del Perú.

---

\* Ponencia leída en el congreso «Vivir del cuento» (La Sorbona, 26 y 27 de Mayo de 2009) y publicada en Adélaïde de CHATELLUS: *El cuento hispanoamericano contemporáneo* (Paris, 2009), pp. 133-138.

Como su ilustre antecedente Fernando Iwasaki inició su carrera de escritor en el Perú como historiador, y sus impresionantes trabajos históricos son indispensables: ya sea sus investigaciones sobre el mundo religioso del Perú (entre ellos sus trabajos que ofrecen nuevos contextos para comprender a Santa Rosa de Lima o el Inca Garcilaso de la Vega), ya sea sus trabajos pioneros sobre las relaciones entre el Perú y el oriente en el siglo XVI.<sup>i</sup> Los trabajos históricos de Iwasaki muestran una curiosidad sin límite, una gran capacidad de síntesis, un diálogo intenso con la obra de los grandes historiadores de América y España de nuestra época, pero son trabajos con datos que--en muchos casos-- fueron desenterrados por el propio Iwasaki en sus investigaciones de archivos en el Perú y en España: en los archivos de Indias de Sevilla, en bibliotecas especializadas, e incluso en panfletos que sabe encontrar el historiador astuto en las ferias de libro, o en las esquinas cubiertas de polvo de los libreros de los pueblos ignorados por el turista. Y si Ricardo Palma puso los elementos de sus investigaciones eruditas y de su gran curiosidad por la cultura popular al servicio de la modernidad de su momento (entre paréntesis, fue Ricardo Palma el que acuñó el término modernismo para explicar las novedades de Rubén Darío); Fernando Iwasaki ha hecho lo equivalente para nuestra tiempo.

Fernando Iwasaki podría haber consagrado su vida a la historia, si lo hubiese deseado, y no me sorprendería si en el futuro retomara algunas de sus investigaciones pioneras, y publique nuevos libros importantes para los especialistas de la historia hispanoamericana<sup>ii</sup>; pero el hecho es que a Iwasaki le pasó algo parecido a lo que le pasó a Ricardo Palma; y gracias a ello, es considerado como una de las figuras claves de la renovación de la literatura latinoamericana después del famoso boom de la narrativa.

Uno de los libros claves de su vuelta de la historia a la literatura son sus *Inquisiciones peruanas*.<sup>iii</sup> El título, claro está, es un saludo a las *Tradiciones peruanas* de Ricardo Palma, el primer estudioso de la inquisición del Perú. Pero es también un saludo al Borges de *Inquisiciones y Otras inquisiciones* porque al igual que Jorge Luis Borges cada uno de los relatos de *Inquisiciones peruanas* deshace las fronteras entre el ensayo erudito y la ficción. A partir de ese libro, clave en la trayectoria de Fernando Iwasaki, Ricardo Palma es un legítimo precursor de Jorge Luis Borges.

Hoy querría hacer algunas observaciones sobre *Ajuar funerario*<sup>iv</sup>, un bello libro, con un título espléndido (porque el título mismo es un brevísimo relato fantástico) de micro-relatos en el cual también hay resabios de su síntesis entre Borges y un Palma renovado y actualizado; pero en el cual también nuestro autor dialoga con algunas de las grandes figuras de un tipo de literatura fantástica vinculada al terror: la de Edgar Allan Poe y H. P. Lovecraft, ambos traducidos y presentados por primera vez al público hispanoamericano por el propio Borges en su *Antología de la literatura fantástica*. Estas referencias no son secretas porque los tres epígrafes del libro son justamente de Edgar Allan Poe, H.P. Lovecraft, y Jorge Luis Borges. En cada uno de los relatos de este libro hay un elemento terrorífico, y en cada uno de estos relatos hay un elemento fantástico que contribuye a una tradición hispanoamericana, con inflexiones que fueron dadas, sobre todo en el Río de la Plata por Leopoldo Lugones, Jorge Luis Borges y Julio Cortázar; pero también en el Perú por Clemente Palma, hijo de Ricardo Palma y uno de los iniciadores de la literatura fantástica en el Perú; un género cuyo mayor teórico, historiador y practicante en el Perú es Harry Belevan. Tengo entendido que Harry

Belevan va a reeditar su pionera antología de la literatura fantástica del Perú, y su reedición tendrá que incluir relatos de Iwasaki.

En la tradición de la literatura fantástica latinoamericana, a diferencia de la literatura fantástica de Edgar Allan Poe o Lovcraft, lo fantástico no es una simple irrupción amenazadora de lo irracional en el orden de las cosas de un mundo racional; sino más bien la creación de un mundo que no sigue las reglas del mundo natural, un mundo en el cual surgen situaciones que nos pueden aterrorizar. Es estos relatos hispanoamericanos no es la desestabilización de un mundo conocido lo que causa terror, sino que algo terrible sucede en un mundo con otra lógica, aceptada por todos sus personajes. Esta es la innovación de Borges y Cortázar en sus relatos fantásticos porque los personajes de Borges y Cortázar no se sorprenden cuando sus mundos no obedecen las presuposiciones del mundo en el que nosotros vivimos (eso es algo que el lector advierte pero no los personajes), sino cuando algo terrible sucede en un mundo cuya lógica es distinta a la del mundo de sus lectores.

Una de las grandes innovaciones de Iwasaki con relación a esta tradición hispanoamericana—y yo creo que se trata de un saludo a uno de los grandes escritores de la Andalucía adoptiva de Iwasaki porque hace un par de décadas que este escritor vive en Sevilla—es el hecho de que en sus relatos fantásticos, Iwasaki logra crear un sentimiento fuerte de terror con historias que dependen del elipsis, como en los poemas narrativos de García Lorca en los cuales Federico nos crea una historia sumamente intensa desde el punto de vista emotivo, y sumamente abierta desde el punto de vista de sus componentes narrativos. En su consabida “Canción de jinete” por ejemplo, un jinete cabalga hacia

Córdoba a sabiendas de que no llegará a su destino, a sabiendas de que la muerte impedirá su llegada. El poeta dice:

La muerte me esta mirando  
Desde las torres de Córdoba  
...  
Ay que la muerte me espera  
Antes de llegar a Córdoba.

El hecho de que Lorca no nos indica las circunstancias de la cabalgata ni las razones por las cuales el jinete anticipa su muerte, no le quita intensidad a un poema que nos permite imaginar muchas posibilidades. El componente narrativo de este poema es como una adivinanza que permite una multiplicidad de soluciones. Lo mismo se podría decir de tantos otros poemas narrativos de Lorca, entre ellos su “Romance Sonámbulo” con las intensas ambigüedades asociadas a uno de sus versos más citados: “Verde que te quiero verde” cuya historia podría ser la de un amante perseguido que ha llegado demasiado tarde para reencontrarse con una amada que quizás ya ha muerto

Los relatos de *Ajuar funerario*, tienen algo de este aspecto de los poemas narrativos de Lorca; son intensos y abiertos porque permiten varias lecturas, porque el lector puede inventar los contextos que faltan para que la narración se complete aunque la emoción sea precisa; pero también son relatos fantásticos en los cuales algo terrorífico suceden en un mundo que no sigue las reglas del nuestro. A veces, la historia de Iwasaki

parece inocente, hasta que la línea final nos revela un mundo de terror que es el de sus personajes, pero inesperado para el lector; como en “Las reliquias” un relato que narra la muerte de una dulce monja hasta que nos damos cuenta--por la última frase del relato--que la dulzura de las monjas no era una metáfora, puesto que las correligionarias de esa monja podrían ser caníbales; o en “Animus Finibus” cuando nos damos cuenta que un historiador decimonónico se ha suicidado quizás porque sus investigaciones esotéricas sobre la religión cristiana del cuarto siglo lo han llevado al convencimiento de que el hereje Prisciliano tenía razón cuando supuso que nuestro mundo es la creación de un Satanás y ni el hijo de Dios logró salvar a nuestra estirpe maldita.

En otros relatos las ambigüedades de Iwasaki nos trasladan a un mundo irreal o imposible, pero siempre nos quedamos con emociones fuertes. En “Dia de Difuntos,” por ejemplo, un niño va a un local de un servicio funerario donde se realiza un velatorio, y se encuentra con su madre enlutada. Iwasaki es espléndidamente ambiguo porque no sabemos si el niño ha venido al velorio de su madre o de otro pariente, pero se sorprende de ver a su madre porque sabe que ha muerto. La madre le dice a su hijo que el también ha muerto; y los dos se abrazan desconsolados.

Los relatos más terribles de Iwasaki son aquellos, como “Abuelita está en el cielo” en los cuales la imagen de pureza que un padre le cuenta a un niño es desmentida por la horrible realidad (o irrealidad) que el niño observa cuando está solo.

Los verdaderos suplicios en los relatos de horror de Iwasaki no son los suplicios del dolor físico, sino los sufrimientos que provienen de los desengaños que sufren los seres humanos cuando se confrontan con la hipocresía cuando la confianza o la inocencia es traicionada por aquellos que deberían protegerla. En este mundo aquellos inocentes

que han sido traicionados aprenden a traicionar para proteger su sobrevivencia. En “La muchacha nueva” por ejemplo, una voz colectiva, los hijos de una familia burguesa, resisten la llegada de una sirvienta. “Todas son iguales” dice el narrador “Todas nos cuentan historias espeluznantes cuando papá y mamá salen.” El relato pasa de lo que podrían ser las fantasías compensatorias de unos niños atormentados, a la ambigüedad satánica, a la presencia del diablo. Así, el narrador da a entender que la primera empleada les contó historias de sus encuentros con el diablo; la segunda les cuenta historias de los suplicios fantástico que sufren los niños robados; y la tercera tenía muñecos con los cuales los amenazaba. La vuelta del relato es una frase espléndida sobre la desaparición de la tercera empleada: “Mamá nunca supo cómo desapareció y a nosotros nos daba miedo decirle la verdad.” A través de su narrador, inocente y diabólico a la vez, Iwasaki da a entender que los niños han pactado con el mismo diablo para protegerse de las maldades de sus empleadas. El final del relato es magistral por su uso de los tiempos verbales, y de un elipsis característico de Iwasaki, para aumentar el impacto de la revelación más sorprendente:

“Esta noche nos quedaremos solos y la muchacha nueva nos ha amenazado con sus historias, pero no la vamos a escuchar. Todavía tenemos la calavera y le pediremos al diablo que también se la lleve.”

La primera oración del final del relato juega con los tiempos verbales del futuro y del pretérito para anticipar la ausencia de los padres y la rebeldía de los niños ante la amenaza de la empleada que los padres ignoran. La última frase en el presente a partir del cual se ha narrado todo el relato sucede horas después, cuando los niños ya han

asesinado a su sirvienta, y esperan que el diablo se lleve su calavera, dando a entender los suplicios y las torturas que la muchacha ha sufrido.

Como en la mayoría de estos relatos de Iwasaki, el verdadero horror no es el de los suplicios físicos que sufren sus personajes, sino los emocionales; y la fuerza del terror que uno siente es tanto más terrible cuando nos damos cuenta que el elemento fantástico de sus relatos es un velo de las ansiedades de la vida cotidiana, cuando los espacios de la intimidad y de la confianza han sido violados. En el caso de “La muchacha nueva” la pugna entre los niños y las muchachas que ellos han expulsado o eliminado son indicios de la pérdida de la inocencia de unos niños que presienten la indiferencia de su propia suerte por padres que temen. Al releer el cuento nos damos cuenta que las empleadas han son todas huérfanas o abandonadas, y ello nos da a entender que los niños y las empleadas son mucho más semejantes de lo que parecía a primera vista: unos han perdido la protección de sus padres y los otros temen perder la protección de padres a quienes temen más que a las amenazas diabólicas de las huérfanas .

En otro relato “Father and son” un hijo recuerda su inocencia, cuando se sentía protegido en los brazos de un padre que supo perturbar sus quehaceres y arruinar sus momentos felices. El narrador en primera persona, ya ha muerto y recuerda la noche que él murió por un accidente automovilista cuando se apuraba al hospital al recibir la noticia de que su padre estaba al borde de la muerte.. El relato está narrado una hora después de su propia muerte:

“Llevo más de una hora en el depósito de cadáveres del hospital y por fin le han bajado. No puedo verle por culpa del sudario, pero siento la densidad de su presencia, la



indiferencia de su rigidez. Si algún curioso nos descubriera me gustaría que no sintiera lástima por nosotros, pues sólo somos dos muertos con el mismo nombre.”

Es la pérdida de la protección, y no el suplicio físico, el que genera los sentimientos más perturbadores en estos relatos tan magníficamente bien contruidos; estos relatos que conjugan los grandes aciertos del relato fantástico de un Borges o de un Cortázar, con los elipsis de Lorca, cuyas ambigüedades y lagunas narrativas, no hacen más que intensificar la emoción.

---

<sup>i</sup> Véase, por ejemplo, Iwasaki, Fernando, *Extremo Oriente y el Perú en el siglo XVI*, Mapfre, Madrid, 1992.

<sup>ii</sup> Desde que leí este texto Fernando Iwasaki ha publicado un ensayo importante que confirma esta suposición. Véase Iwasaki, Fernando, *Republicanos. Cuanod dejamos de ser realistas*, Madrid, Algaba, 2008.

<sup>iii</sup> Véase Iwasaki, Fernando, *Inquisiciones peruanas*, Madrid, Espuma, 2007.

<sup>iv</sup> Iwasaki, Fernando, *Ajuar funerario*, Madrid, Páginas de espuma, 2004.